

Menstruar en el mundo. El cuerpo y los fluidos femeninos entre los otomíes de la Sierra Norte de Puebla*

Jorgelina Reinoso Niche
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Resumen

Este artículo expone las concepciones de los otomíes de la Sierra Norte de Puebla sobre la menstruación. En primer lugar plantea qué es el cuerpo y qué es la sexualidad para esta cultura. Posteriormente desarrolla el mito de origen otomí acerca de la menstruación y de la relación de la mujer con la Luna, una *Antigua*, es decir, un ancestro o antepasado considerado como una deidad. Por último se describen las prohibiciones y los tabúes que existen sobre dicho fluido vital, que coloca a la mujer como fuente contaminante del mundo, con la intención de mostrarle al lector el juego de equilibrio/desequilibrio térmico que existe entre el cuerpo y el cosmos otomí. La menstruación es un acontecimiento que une a las personas y al cosmos, es un fluido que conecta al pueblo otomí con sus antepasados, las *Antiguas*.

Palabras clave: cuerpo, sexualidad, menstruación, otomíes.

Abstract

This paper presents the otomí conceptions about menstruation in the north mountain range in the state of Puebla. First, it lays out what body and sexuality are in this culture. Then, it expounds on the otomí myth of origin about menstruation and the relationship between women and the moon, an *Antigua*, meaning an ancestor considered a deity by the otomí. Lastly, I find prohibitions and taboos over this vital fluid that locates women as a pollution source in the world, and I try to show the reader the thermic balance/imbalance game that takes place between the otomí body and the cosmos. Menstruation for otomí people is an event that bonds people to the cosmos, it is a fluid that connects otomí people to they ancestors, the *Antiguas*.

Keywords: Body, sexuality, menstruation, otomies.

* Este artículo fue realizado gracias al Conacyt, entidad que me otorgó una beca posdoctoral en el posgrado de historia y etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, entre agosto de 2019 y julio de 2020.

Introducción

Este artículo es resultado del trabajo de campo realizado en las comunidades de Tenexco, Ixtololoya, El Pozo y Acalmancillo, del municipio de Pantepec, ubicado en la Sierra Norte de Puebla, donde he trabajado desde hace más de quince años, lo cual me ha permitido registrar etnografías respecto a diferentes aristas de la cultura otomí.

Cabe aclarar que la estrategia clave en la obtención de datos ha sido el *rapport*, que Rosana Guber define como: “Un estado ideal de relación entre el investigador y los informantes, basado en un contexto de relación favorable, fundado en la confianza y la cooperación mutua que viabiliza un flujo, también ideal, de información (esto es, un material genuino, veraz, detallado, de primera mano)” (Guber, 2005: 163).

Por lo tanto, la investigación se llevó a cabo durante todos estos años gracias a las relaciones empáticas establecidas con la gente. El largo periodo de trabajo de campo y el *rapport* con las personas han permitido hacer los registros etnográficos.

Ahora bien, uno de los estudios que me llevó a la comunidad es la tradición ritual y religiosa de los otomíes, por la que tuve la oportunidad de conocer la ceremonia más representativa, denominada “costumbre”. Los “costumbres” me permitieron observar a las curanderas y el papel que jugaban —bendecir la comida, vestir los muñequitos de “papel brujo”¹, bendecir a la Santa Rosa²—, lo que me condujo a pensar sobre la imagen de la mujer dentro de la comunidad otomí, tanto en la vida cotidiana como en los “costumbres”.

Este artículo tiene el objetivo de abordar las concepciones de la cultura otomí sobre la menstruación, que están sujetas a las ideas de los otomíes acerca de la sexualidad y el cuerpo. La menstruación es un tema importante para entender la visión del mundo de este grupo, el cual está muy poco estudiado.

La participación de las mujeres en la vida ritual y religiosa es uno de los pilares centrales de la cosmovisión y esto me llevó a reflexionar sobre la menstruación y su relación con la cultura y sus prácticas.

En este sentido, para desarrollar las ideas sobre la “regla” en la cultura otomí, primero hay que definir qué es *jäi*.³ En las comunidades otomíes de la Sierra

¹ Recortes de papel ritual realizados por el *bädi*. Véase Galinier (2001: 468), Gallardo (2012: 49), Trejo *et al.* (2014: 248).

² Planta sagrada otomí que utiliza el curandero para entrar en trance y cantar, identificada como *Cannabinis*. Véase Galinier (1990), Schultes y Hofmann (2008: 101), Fagetti, Garrett y Reinoso (2017: 52), Reinoso (2019).

³ Todas las palabras en otomí que se encuentran en este artículo fueron traducidas y escritas por Lorena Cruz Téllez y Estela Francisco Tolentino, profesoras del Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe) en Ixtololoya. Manifiestan las traductoras y otros maestros de dicho poblado que la forma en que se escribe el otomí de la Sierra Norte de Puebla no corresponde con las formas de escritura de la lengua en otros lugares; por ejemplo, los libros de primaria de la Secretaría de Educación Pública que llegan a la comunidad presentan una variación en la escritura de la lengua local, lo que llega a percibirse como algo “incorrecto”. En consecuencia, a partir de los aportes de los traductores se evidencia una variación lingüística del otomí, por lo que se respeta la traducción y la forma de escritura de las colaboradoras. En

Norte de Puebla —Acalmancillo, Ixtololoya, El Pozo y Tenexco—, *jäi* es una categoría polisémica que no tiene una sola traducción y significa “cuerpo”, “persona” y “gente”. A partir de *jäi* se crea una imagen colectiva del cuerpo, que se origina tanto en las funciones como en elementos que lo componen, y en los ciclos que permiten la existencia del pueblo otomí, como la menstruación, el embarazo, el parto, el nacimiento y la muerte.

Los seres humanos se relacionan con el mundo exterior a través del cuerpo, lo que permite existir en el mundo que nos rodea y el que otorga los múltiples movimientos. A través de *jäi*, los otomíes perciben, interpretan y se relacionan con su entorno, representando y recreando su cosmovisión y su cultura.

El cuerpo humano o la persona son una representación simbólica del ser, una construcción cultural. A través de él se interactúa con el sistema sociocultural y, por esa razón, otorga una determinada identidad. Francisco de la Peña define *cuerpo* de la siguiente manera: “Para la etnología el cuerpo constituye algo más que el simple soporte biológico de la existencia de los seres humanos. Inserto en las tramas de la cultura, el cuerpo es, ante todo, una matriz simbólica privilegiada a partir de la cual han sido pensadas y codificadas las relaciones más diversas entre los hombres y la sociedad, la naturaleza y el cosmos (De la Peña, 2009: 11).

El cuerpo, la persona, la gente, es decir *jäi*, está conformado por órganos, músculos, huesos y sangre, así como también por los humores y las segregaciones que se excretan, es decir, la sangre menstrual, las lágrimas, la saliva, el sudor, el espermatozoide y las energías vitales que el organismo exterioriza. Con respecto a la idea de cuerpo dentro de la cosmovisión otomí, Jacques Galinier explica que: “[...] el cuerpo (*khai*) se identifica con la persona, armoniosa síntesis de entidades constitutivas fundamentales. Entre éstas destacan algunas a las que el pensamiento otomí atribuye un valor de paradigma, puesto que dan cuenta de las propiedades de elementos comparables existentes en el universo” (Galinier, 1990: 615).

La idea otomí del cuerpo está totalmente relacionada con el cosmos: el cuerpo es el reflejo del cosmos, y viceversa; existe una relación íntima entre ellos, es decir, un diálogo de reciprocidad. Los elementos del cuerpo y los del cosmos se corresponden en esencia: el cosmos está dividido como cuerpo humano y cada elemento posee funciones y propiedades específicas. En este sentido, López Austin, en la introducción que escribe para el libro de Galinier (1990), menciona que: “La mitad inferior del cosmos y la mitad inferior del cuerpo se corresponden. Hay entre ellas un juego isonómico que se mantiene [...] En un cosmos dividido como cuerpo humano, ellos pertenecen a la mitad inferior. Son del pueblo otomí la Luna y lo nocturno, la menstruación y el semen” (Galinier, 1990: 7-8).

este sentido, sólo aclaro que en las poblaciones donde se desarrolló la investigación se habla el “otomí de la sierra”, denominado y catalogado así por el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (Inali) y publicado en el Catálogo Nacional de Lenguas Indígenas (2009).

Los otomíes relacionan la mitad superior del cuerpo con el cielo y la mitad inferior con la tierra y el inframundo. Lo que pertenece al ámbito de las relaciones sexuales —el deseo, el placer y el erotismo— está relacionado con la parte inferior del cuerpo, advierte Galinier (1990). Los otomíes se definen a sí mismos como pertenecientes y representantes de la mitad inferior del mundo que se vincula con la tierra, el diablo y la fertilidad. Por eso, la sexualidad ocupa una importancia central dentro del cosmos simbólico de la identidad otomí, tal y como lo plantea López Austin:

El sexo es ánima y razón del cosmos [...] Son del pueblo otomí [...] lo viejo, lo sucio, lo podrido y lo apestado, la verdad suprema que se alcanza en el momento de la eyaculación, el dominio cósmico de lo femenino-devorador, la riqueza guardada bajo la superficie de la tierra: metales, vegetación en potencia y animales monteses, bienes todos que permanecen bajo el cuidado divino en el interior del cerro (Galinier, 1990: 8-9).

Por esta razón, antropólogos como Galinier (1990) han planteado en sus trabajos que el lenguaje corporal de los otomíes es profundamente sexual, porque ellos vienen y pertenecen a esa mitad inferior del cosmos y del cuerpo, donde por medio del gozo de la actividad sexual se recicla y se renueva la energía vieja y podrida, es decir, mediante la eyaculación. Sin embargo, el proceso biológico de la expulsión del semen no es el único medio que se encarga de la renovación de energía, sino también la menstruación.

Se podría decir que el lenguaje corporal otomí es profundamente sexual, porque ellos vienen de la unión de lo femenino y de lo masculino; bajo esta dicotomía se crea toda la cosmovisión otomí.

En su polisemia, *jäi* también hace referencia a una forma de reproducción que está determinada por la menstruación, ya que el denominado ciclo menstrual, de 28 días aproximadamente, regido por el astro lunar, es necesario para la reproducción.

Por lo anterior, la menstruación otomí es una relación sexual con el cosmos, es decir, con los ancestros. Esto en general constituye un desequilibrio en el mundo que atenta el orden de las cosas; es un hecho que coloca a la mujer en una posición específica y convierte a la menstruación en aquello que se construye culturalmente.

En otras palabras, si bien es cierto que las mujeres de todas las culturas menstrúan —lo cual hace de ella un dato biológico—, las interrogantes sobre cómo y por qué *reglan* las mujeres de cada cultura hacen que tal hecho sea una particularidad cultural unida al mundo.

La menstruación como fluido cósmico femenino

Las mujeres otomíes, según los datos etnográficos recopilados en el trabajo de campo, adquieren el poder de menstruar, definido como *mpëni*, gracias a un en-

cuentro amoroso con la Luna, un encuentro sexual con él —considerada de género masculino desde la perspectiva otomí—. El astro generalmente está asociado a lo femenino, pero tiene su lado masculino. Esta dualidad sucede con todos los elementos del cosmos y del cuerpo. Todo elemento puede ser masculino y femenino, pero la Luna, para la cultura otomí, aunque tenga su lado femenino, es hombre: “En el conjunto del área cultural otomí, la Luna es conocida con el término *zana* y sus variantes [...] A este término corresponde toda una pluralidad de significados, que pueden ser ordenados en torno a dos morfemas, *za* y *na*. El sustantivo *na* significa ‘madre’, como en muchas otras lenguas autóctonas de Mesoamérica. Figura en la forma reduplicada *nana* ‘mamá’” (Galinier, 1990: 531).

Para los otomíes de Pantepec, el causante de las menstruaciones es este cuerpo celeste que baja para tener una relación sexual con las jóvenes en la *mbu di Zänä* “primera Luna”. A partir de ella serán visitadas por la dicho astro todos los meses, en cada menstruación, hasta la menopausia, *bize gire Zänä*, que significa “su última Luna”:

[...] la luna es considerada fundamentalmente como el principio activador de los ciclos naturales (cosmológico, biológico, vegetal, animal, humano). De ella dependen el crecimiento y el tamaño de los árboles, las siembras y las cosechas, marcadas en fechas particulares. La luna es la divinidad madre de la vegetación: su cara oculta es un “monte” (*kha ra sutha zana kha ´i tapo*), poblado de seres vivientes. Este monte, cara oculta del mundo, sede de las energías vitales, es un elemento peligroso, *sunt ´uski* (Galinier, 1990: 536).

Aunque las mujeres se dan cuenta de este hecho después de que *Zänä*, el ancestro o *Antigua*, se ha ido, pues la mayoría de las veces notan su sangre al amanecer, sí pueden percatarse de su presencia mediante sueños. Al respecto, algunas dijeron soñarlo como un hombre güero, muy guapo, que las mira y les coquetea desde lejos. Otras sueñan con un señor muy alto y de muy buen aspecto que también las desea.

Por esa razón, en los relatos otomíes, la Luna es un hombre “muy cochino” dotado de un enorme miembro viril, que llega a generar una inmensa envidia entre los varones de la comunidad, porque puede conseguir su objetivo de convertir a todas las mujeres otomíes en sus amantes: “El carácter masculino de la luna está ligado a su ‘erección’: la luna, según se dice, es el amante de todas las mujeres. Las posee, desde que tienen sus primeras reglas, aprovechándose de que están dormidas para introducirse en ellas. Cuando despiertan, el astro se ha ido ya. De este modo, la luna estrena a las jovencitas: *ti dayo ra zana*” (Galinier, 1990: 540).

Las mujeres cuentan que aparte de ser un “hombre cochino”, como el resto de las *Antiguas*, es también un otomí, que cuando fue humano y vivió en la Tierra “era un flojo”. Motivo por el cual, según los relatos de las mujeres, se transformó en Luna.

Por otro lado, entre los otomíes circula un mito⁴ sobre el origen de la menstruación de las mujeres. Cuentan que el Sol y la Luna jugaron una carrera; al final de ésta había una lumbre que le daría un premio al ganador. El Sol llegó primero a la meta y se aventó a la lumbre cuando la llama estaba fuerte; la Luna llegó después, porque quería tener relaciones sexuales con las mujeres otomíes y, como ya no tenía fuerza, "por flojo", se fue a revolcar cuando se apagó la lumbre; a consecuencia de esto se manifiesta por las noches.

Entonces, la Luna no tiene el mismo brillo que el Sol. Por eso, cuando las mujeres otomíes están por menstruar se les aparece en el sueño para coquetearles. Así, el sueño está unido al mito. O, dicho de otra forma, el mito se recrea en el sueño de cada mujer que está por menstruar.

Relatan las mujeres otomíes que por culpa del flojo ellas menstrúan. Dicen que "por eso, en el sueño siempre aparece con gusto, sonriendo", porque a cada mujer que observa le provoca placer, ya que sabe que tendrá relaciones sexuales. Otra versión del mito⁵ relata que:

Antes no había Sol. Todo era puro nublado, entonces se le ocurre a la Luna ser como el Sol. Empieza a invitar gente para que fueran a ver a donde él iba a ser el Sol. Invitó a la mayoría de la gente a que participaran en la ceremonia cuando él iba a ser el Sol. Él le comunicó a la gente que fueran todos a participar con él. La Luna dijo que iba a ser el Sol, pero nada más los andaba engañando. ¡Yo voy a ser el Sol!, dijo la Luna y manda a cortar leña para quemar. Manda a la gente a cortar leña para quemar porque así iba a ser el Sol. Con toda la leña hicieron el fuego y cuando ya estuvo, la Luna se va a visitar a las muchachas menores de quince años. Cuando la Luna se fue a ver a las muchachas, llegó el Sol, era un muchacho joven; y le dice a la gente que no le crean a la Luna porque está loco. El Sol le dijo a la gente que mojen toda su ropa, porque era él mismo quién iba a ser el Sol. Cuando estuvo mojada toda su capa del Sol, se empezó a revolcar en las brasas para agarrar energía. Después le dijo a la gente que se iba a caminar hacia donde se oculta, lleva con él un perrito. Cuando llegan a donde se oculta el Sol, le dijo a su perrito que allí se quedara, y el Sol se regresó, y se va por donde sale ahorita; y le dijo al perrito y a la gente que se regresó adonde sale. Pero la Luna no lo sabía, porque el Sol le dijo al perrito, quédate aquí, si viene la Luna dile que seguí mi camino adonde me oculto, no le digas que me regresé a donde salgo. Entonces el Sol regresa hacia donde sale ahora, y la Luna sigue su camino hacia donde se oculta el Sol. La Luna sigue y ve que no era por ahí, regresa y le da una patada al perrito del Sol en la garganta y lo deja mudo, le pegó porque le mintió, porque antes ha-

⁴ Para facilitar la lectura, se reconstruyó el relato a partir de varios testimonios recabados durante las entrevistas; se cuentan los acontecimientos que se repiten de un entrevistado a otro.

⁵ Éste es el único testimonio textual que se incluye en el artículo, porque es verdaderamente completo e ilustrativo.

blaban todos los perritos, pero desde que la Luna maltrató al perrito del Sol, ya no hablan. Cuando se da cuenta de que lo engañaron, la Luna se va rápido a alcanzar al Sol, pero nunca lo alcanza. No lo alcanza porque el perrito le mintió y porque se fue a ver a las muchachas, por eso dicen aquí en el pueblo que la Luna es violador, por eso fue a ver a las muchachas pero no le dieron poder, y como no tiene poder menstrúan las muchachas. Por eso, la Luna nunca alcanza al Sol. Cuando la luna llega a donde la gente había prendido fuego, se revolcó para agarrar energía, pero ya no había fuego, pura ceniza, y la gente le empezó a echar el agua del nixtamal, y la gente le dijo, eso va a ser toda tu vida Luna, porque nunca vas a llegar a Sol, nunca vas a tener calor, por eso la Luna es frío⁶ (Melitón Pérez, Tenexco, 27 de diciembre de 2010).

Aunque este mito tiene múltiples aspectos para ser analizado, el artículo se centra en el hecho de que la menstruación es para la cultura otomí el deseo de un calor negado. La culpabilidad de la Luna que quería ser como el Sol para tener calor, es la razón por la que llega a hacerles el amor a las mujeres y robarles el calor que ocasiona la menstruación.

Además, como resultado de este mito se considera al "periodo" un acto sexual cósmico entre la Luna (masculino) y la mujer (femenino). Es por lo que une al cuerpo con el mundo, lo que se convierte en un acontecimiento cultural. Esta afirmación refuerza la idea de que menstruar es cultural y no solo biológico, ya que es una creencia que estigmatiza a la menstruación como fluido dador de vida y coloca a la mujer en una posición singular. En este sentido:

El ciclo menstrual constituye una parte importante de la cotidianidad universal de las mujeres. Los conocimientos respecto de la menstruación generalmente se relacionan con los significados del desarrollo biológico y de los cambios psicológicos del cuerpo femenino. Sin embargo, existen diversas formas culturales de construir los saberes que encauzan dicho fenómeno. De esta manera, la variabilidad cultural da cuenta del alcance que posee la menstruación, la significación que se le atribuye y el manejo corporal que mensualmente se tiene con el sangrado menstrual (Vásquez y Carrasco, 2017: 99).

Para el caso de la cultura otomí, la mujer simbólicamente es asociada con la Luna no sólo por dicha relación sexual cósmica, sino también porque la menstruación la vuelve dependiente del astro. El ciclo lunar y el ciclo menstrual se corresponden mutuamente, dándose una relación íntima entre la Luna y la mujer, donde *Zänä* activa los ciclos naturales de la mujer otomí y regula "el periodo".

⁶ Este mito otomí nos remite al de la creación del sol mexicana, contado por Sahagún en *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1938), en donde narra la relación del sol con el perro; Nanahuatzin es el Dios que se convierte en sol y se intercambia con Quetzalcóatl.

Las relaciones culturales que se crean a partir del cuerpo femenino, como la relación que los otomíes le atribuyen a la figura femenina con la Luna, están fundadas en la posibilidad que tiene la mujer de engendrar una nueva vida, de cuidar una nueva generación, donde la menstruación es su más fuerte señal. Por tanto, desde la primera Luna, la menarquia, hasta la última Luna, el comienzo de la menopausia, la mujer estará menstruando mes con mes, excepto en los periodos de embarazo y amamantamiento. En este sentido, quisiera manifestar que todas estas ideas que existen alrededor de la relación sexual con la Luna, como *ocasionante* de la menstruación, son *teotipos*. Miriam López Hernández señala:

La religión, a través de las manifestaciones sacras como el mito y el rito, es un medio fundamental para legitimar las ideologías sexuales mediante los teotipos. Defino *teotipo* como el modelo divino que sirve de paradigma al entendimiento y a la voluntad de los humanos [...] La condición femenina es histórica [...] Dicha condición está constituida por el conjunto de relaciones de producción, de reproducción y por todas las demás relaciones vitales en que están inmersas las mujeres independientemente de su voluntad; además por las formas en que participan en ellas, a través de instituciones políticas y jurídicas que las contienen y las norman y por las concepciones del mundo que las definen. Esto genera una serie de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico (López Hernández, 2012: 23-24).

La menstruación parece, desde el principio de los tiempos, como peligrosa, debido a su calor; sin embargo, paradójicamente, une al pueblo otomí con su ancestro, la Luna, tanto en el mito como en cada "periodo" de la mujer otomí; en este sentido, es un *teotipo* que ayuda a los otomíes a ordenar y construir su mundo y coloca a la mujer en una posición definitiva con roles y prohibiciones específicas.

La menstruación como elemento desequilibrante del orden del mundo

Después de narrar los relatos que conforman el mito de la menstruación como una relación sexual, en este apartado se desarrollará una de las características más importantes del *ciclo*, su efecto desequilibrante.

Menstruación, *mpēní*, para los otomíes significa también "una limpieza del cuerpo", ya que existe la idea de que mientras la mujer menstrúa se limpia; en ese momento está saliendo toda la suciedad del cuerpo por medio de la sangre menstrual.⁷ A pesar de que tal "lavado" es visto positivamente en la cultura otomí, también se dice que la mujer menstruante contamina lo que se encuentra a su al-

⁷ Otra concepción representativa y relacionada con la limpieza del cuerpo de la mujer es el parto, pues se cree que el cuerpo se limpia al expulsar los líquidos vitales que alimentaron al bebé durante el embarazo.

rededor. Así que, todavía en nuestros tiempos, “reglar” es aún peligroso y contaminante. Rodrigo Díaz menciona:

La idea de suciedad [...] nos remite a un orden clasificatorio, un sistema de relaciones, una estructura de ideas; cualquier orden, estructura o sistema es vulnerable en sus márgenes, en sus líneas divisorias, en sus fronteras [...] son los orificios del cuerpo los que simbolizan enfáticamente sus puntos vulnerables, y como tales están revestidos de peligro, contagio y poder [...] cualquier material que brote de ellos es evidentemente un elemento marginal; el esputo, la sangre, la leche, la orina, los excrementos o las lágrimas por el sólo hecho de brotar han atravesado las fronteras del cuerpo [...] el cuerpo puede simbolizar cualquier cosa, y cualquier cosa puede simbolizar al cuerpo: es el símbolo natural por excelencia (Díaz, 2014: 244, 245).

La menstruación es un periodo transformador del cuerpo femenino otomí pues, como ya se ha expuesto, durante ese lapso el cuerpo de la mujer está más caliente de lo normal. López Hernández encuentra la misma característica entre los antiguos nahuas:

El periodo menstrual también es considerado como un estado de impureza y contaminante; creyéndose que la mujer es portadora de fuerzas negativas [...] La mujer menstruante posee una carga excesiva de calor, una fuerza simbólica y mágica que la convierte en un ser peligroso [...] El riesgo que significaba para los demás se debía a que los cambios orgánicos que tenía en su cuerpo provocaban la pérdida del equilibrio, pues se encontraba en una condición de exceso de calor (López Hernández 2017: 141-142).

El aumento de la temperatura corporal — lo que se considera un peligro — genera un desequilibrio tanto en el cuerpo como en el cosmos. A partir de tal desequilibrio, que se origina cuando la mujer, que es fría por naturaleza, se vuelve caliente, se crea una serie de ideas, acciones o reglas que van a templar y nivelar ese exceso de temperatura en el *jäi* y en el mundo.

Esta visión sobre la menstruación como factor desequilibrante del mundo está fundado en la visión dualista otomí. Al respecto, Antonella Fagetti expresa:

La clasificación dualista del universo nace de la observación y de la constatación de que existen en el mundo natural un conjunto de elementos que conforman pares. El día y la noche, el Sol y la Luna [...] el cielo y la tierra, la vida y la muerte, son sólo algunos de los elementos que en muchas culturas se han constituido en pares binarios para dar vida a una visión del mundo peculiar según la cual cada elemento se opone al otro, pero al mismo tiempo [es] su complemento, pues ambos

principios son generadores de vida y el uno implica la existencia del otro (Faget-ti, 1998: 107, 108).

Para la cultura otomí, el mundo está ordenado en clasificaciones duales que se complementan, pero tal orden se ve afectado por el contaminante fluido menstrual. El cambio de temperatura en la mujer atenta contra todo el cosmos y genera desequilibrios térmicos que la vuelven peligrosa y contaminante. Todas estas ideas y tabúes que existen dentro de la cultura otomí sobre la menstruación están razonadas en lo que Hérítier (2002) ha llamado la valencia diferencial de los sexos, ya que la mujer representa lo femenino, lo peligroso y lo contaminante.

Ahora bien, es necesario explicar algunos aspectos del cuerpo humano y de la división de éste en masculino/femenino. Al respecto, Hérítier (2002) advierte que los hombres observan su cuerpo y descubren la diferencia que existe entre el cuerpo femenino y el cuerpo masculino, lo que para ninguna cultura pasa desapercibida. Por lo tanto, define al cuerpo humano como lugar de observación constante que contiene funciones elementales y que es asiento de órganos y humores, advirtiendo en su noción de cuerpo un rasgo que lo define como “notable y escandaloso”; es decir, la diferencia de los sexos y el papel distinto de éstos en la reproducción:

[...] la observación de la diferencia está en el fundamento de todo pensamiento [...] se trata del tope último del pensamiento, en el que se fundamenta una oposición conceptual esencial: la que enfrenta lo idéntico a lo diverso [...] la relación idéntico/diferente está en la base de los sistemas que oponen dos a dos valores abstractos o concretos (caliente/frío, seco/húmedo [...]) valores contrastados que vuelven a encontrarse en las tablas clasificatorias de lo masculino y lo femenino (Hérítier, 2002: 19).

La etnóloga ha definido “la valencia diferencial de los sexos” como la diferencia biológica que existe entre el cuerpo masculino y femenino; menciona que es universal y que es el origen y la razón de lo social. “La valencia diferencial de los sexos” es la valorización de un sexo y la desvalorización del otro, o el poder de un sexo sobre el otro. Se puede decir que las concepciones acerca de la menstruación otomí están basadas en la valencia diferencial de los sexos.

La visión de *jäi* otomí se funda en una visión dualista en la que la dicotomía fundante es masculino/femenino o la valencia diferencial de los sexos. El concepto *valencia diferencial de los sexos* es esencial para entender la visión dualista del *jäi* otomí, ya que marca la diferencia entre lo femenino y lo masculino, y coloca en posiciones distintas a dichas categorías. Hérítier (2002) señala que la valencia diferencial de los sexos existe porque el ser humano piensa y conoce el mundo a través de la observación de la diferencia corporal. La observación de la diferencia está en el fundamento de todo pensamiento, es el tope último del pensamiento, en don-

de se cimienta una oposición conceptual esencial, que enfrenta lo que es idéntico a lo que es diverso.

Esta relación de oposiciones dualistas se puede encontrar en todas las culturas; lo que cambia de una cultura a otra es la relación simbólica que se construye y el sentido específico entre estas categorías. Por ejemplo, para los otomíes todos los seres del cosmos son masculinos/femeninos al mismo tiempo. En decir, para ellos el hombre y la mujer son masculino/femenino a la misma vez. Esta forma de reconocer a partir de opuestos, de diferenciar en oposiciones dualistas, surge de la necesidad de construir códigos culturales, crear referentes simbólicos que permitan al hombre explicarse el mundo.

Por otro lado, para Héri-tier (2002) estos datos están en el origen de las categorías cognitivas, las cuales son operaciones de oposición, clasificación, jerarquización, calificación. Es decir, estructuras donde lo masculino y lo femenino se encuentran encerradas. Esas oposiciones mentales de clasificación se originan en la distinción del género humano y jerarquizan las cosas, colocando lo masculino en una posición y lo femenino en otra. Así es como la valencia diferencial de los sexos, advertida por la autora, se convierte en el origen de las clasificaciones dualistas.

La etnóloga manifiesta que esta dialógica de los sexos es un juego de opuestos complementarios, una relación binaria jerarquizada que relaciona a la mujer con ciertos ámbitos y aspectos del mundo, y al hombre con otros (categorías binarias que se relacionan y tienen su origen en lo masculino/femenino); se trata de construcciones culturales que se crean a partir de un dato biológico: la valencia diferencial de los sexos.

Para los otomíes, la verdadera piedra de toque es la etapa fértil de la mujer, lo que coloca al cuerpo femenino en un lugar importante, pero restrictivo dentro de su cosmovisión.

Conocer templando al mundo

Relacionado todavía con el apartado anterior, en éste se desarrollarán algunas prohibiciones que los otomíes han formulado acerca de aquel fluido contaminante y desequilibrante. Las mujeres cuentan que debido al exceso de temperatura se les prohíbe comer piña, naranja y limón, tampoco se puede beber refresco, de lo contrario, la ingesta de tales alimentos y líquidos ocasionarían un aumento del sangrado. Los cítricos son fríos y concentran mucho líquido; son frutas muy jugosas que pueden enfriar al cuerpo, y se cree que en esos días no es bueno templarlo.

Otro interdicto que mencionan los otomíes durante el periodo menstrual es el de mantener relaciones sexuales. Manifiestan las mujeres que no se pueden practicar durante la menstruación debido a la peligrosidad del fluido. La mujer debe cuidarse, cuidar a su esposo y a las demás personas que la rodean. Dicho tabú está presente en la cosmovisión otomí, justamente por un desequilibrio de temperatu-

ra. Durante la menstruación, el cuerpo de la mujer es caliente, así como la sangre menstrual; si ésta se mezcla con el esperma, que también es caliente, causa inestabilidad tanto en el cuerpo como en el cosmos, y se produciría un fuerte exceso de temperatura en el momento del acto sexual. Por ello, en el periodo menstrual la unión de la sangre con el esperma es nociva al generar un desequilibrio térmico en el cosmos.

Por otro lado, se prohíbe asistir a un velatorio o a un entierro, ya que los otomíes argumentan que estar cerca de un muerto o, como dicen las mujeres, "ver al muerto", sería muy peligroso. En la Sierra Norte se cree que cuando una persona fallece, su fuerza de vida *nzahki* se queda durante unos días en la tierra, entre los vivos; mientras que el *jäi* expulsa fuerzas y fluidos que son perjudiciales para las personas. Por esta razón, cuando alguien muere es necesario que la casa donde vivía quede vacía por las noches y nadie puede dormir allí por cuatro días. Estar en el lugar de los difuntos siempre es peligroso, pero durante el periodo menstrual el riesgo es mayor.

Además, en los días anteriores y posteriores a la llegada del ciclo menstrual, y durante el periodo, queda también prohibido bañarse con agua fría, ya que ésta actuaría como un coagulante de la sangre, que en algún punto podría impedir el sangrado menstrual.

El fluido ocasiona un desequilibrio y la falta de éste también. En los casos en que una mujer no menstrúe con normalidad, se imputa la causa a un desequilibrio en el que el *jäi* de la mujer no se puede limpiar expulsando la sangre menstrual, lo cual es muy peligroso para su cuerpo porque, en los días de sangrado, si no menstrúa, retiene todas esas fuerzas corporales calientes que deben de ser expulsadas junto con los fluidos.

Cuando se verifica un desequilibrio corporal como el que se señaló con antelación, las mujeres otomíes deben de generar el calor ausente en el cuerpo; de esta manera, suben la temperatura corporal propiciando el sangrado. Para atender estos padecimientos comunes, sirven a la mujer un té de *zoapatle* (*Montanoa tomentosa*) o aplican un baño con esa hierba. El contacto con la planta hace que en el cuerpo femenino se presente la menstruación.

La hierba *Montanoa tomentosa* es un elemento caliente del cosmos que ocasiona un aumento de temperatura en el cuerpo y favorece la llegada del sangrado. El *zoapatle* sube tanto la temperatura que, entre sus tantas funciones, en la Sierra Norte se le conoce también por tener características abortivas.

Los otomíes conocen más hierbas que tienen utilidad para el problema opuesto: hay mujeres que menstrúan en abundancia o que, por ver a un muerto, no se les corta la hemorragia. Para lidiar con este problema utilizan distintas hierbas medicinales que detienen el sangrado, como la ruda, por ejemplo. Sin embargo, no es muy bueno detenerlo del todo, ya que es a través del sangrado menstrual que el cuerpo se limpia, como ya se señaló.

Las plantas empleadas para disminuir o desaparecer la hemorragia pertenecen al ámbito de lo frío, y deben causar el mismo efecto en el cuerpo que los cítricos fríos mencionados con antelación. Estos actos son prácticas corporales llevadas a cabo con el objetivo de equilibrar la temperatura del cuerpo, contrarrestar el exceso o el déficit que generan los fluidos corporales o la ausencia de ellos.

Como se aprecia, todas las normas y tabúes que existen con respecto a la menstruación estabilizan la temperatura, y todas tienen como objetivo disminuir el exceso de calor; es decir, conocer para templar al mundo. Con respecto a las nociones de temperatura en torno a lo frío/caliente entre los p'urh'épecha, Roberto Martínez señala que:

[...] los diferentes seres y objetos del mundo están dotados de cualidades frías o calientes cuyo contacto incide en el desarrollo de los humanos y en el entorno en general [...] la oposición entre estas clases de propiedades no sólo se encuentra en el ambiente sino que, sobre todo, es constitutiva de los hombres [...] Sin embargo, la calidad térmica de los diferentes entes está lejos de ser uniforme [...] Lo interesante aquí es que, en la persona, lo frío y lo caliente no se reducen a cualidades abstractas sino que, al menos ocasionalmente, se concretizan en el interior del cuerpo (Martínez, 2013: 65, 67).

Para los otomíes todos los elementos del cosmos son fríos o calientes, incluyendo al hombre, aunque en particular, el varón es caliente y la mujer fría, pero durante la menstruación esta última se transforma en caliente por el líquido vital que es la sangre menstrual. En este sentido, el ordenamiento del mundo, basado en la temperatura de los seres no tiene nada de abstracto, son cualidades específicas que colocan a cada ser en un lugar determinado y no en otro. Por eso, las creencias y las reglas culturales que establecen los otomíes con respecto a la menstruación delimitan las actitudes y las actividades que deben de llevar a cabo las mujeres mientras dure su periodo.

Consideraciones finales

Los resultados de esta investigación se enfocan en conocer los significados y prácticas en torno a la menstruación en la cultura otomí. Estos saberes son utilizados para conocer y templar el mundo. Cada acción, cada significado está enfocado en equilibrar el exceso de calor que produce la sangre menstrual.

Desde el comienzo de los tiempos, gracias a las narraciones recabadas sobre el mito del origen de la menstruación, se sabe que "el ciclo", al ser una relación sexual con la Luna, es peligroso. Es un fluido relacionado no sólo con las personas, sino que también se relaciona con el cosmos, gracias al encuentro sexual de la mujer con Luna *Zānā*, el ancestro o *Antigua*.

Según el mito, en la cultura otomí, la posibilidad de la vida y de la reproducción nacen a partir de la unión de lo masculino (*Zänä*)/femenino (mujer), pero esta unión no se da entre personas, sino entre las mujeres y los ancestros o *Antiguas*. En este sentido, se concluye que la menstruación comunica al pueblo otomí con sus ancestros, misma que, en la cultura otomí, ocurre gracias a una relación sexual cósmica y ancestral. Es *Zänä*, el ancestro o la *Antigua* Luna el que activa los ciclos menstruales otomíes.

Todas estas ideas míticas acerca de la menstruación son teotipos, que sirven para legitimar las creencias y acciones que se presentan alrededor de los ciclos menstruales y que coloca a la mujer en una posición histórica determinada, la cual escapa a su voluntad, como por ejemplo ser deseada, ser amante, ser caliente, ser contaminante, ser peligrosa.

En este sentido, se concluye que la menstruación es un hecho cultural, no sólo un factor biológico. Coloca a la mujer en la figura de amante, un ser al cual la Luna desea gracias al exceso de calor, lo cual constituye uno de los primeros estigmas que encontramos en la cultura otomí respecto a la sangre menstrual.

La menstruación constituye una parte importante de la vida de los hombres y de las mujeres otomíes, ya que es una construcción de saberes que encauzan dicho fenómeno. Aunque la sangre menstrual convierte a la mujer otomí en un ser sucio que debe de limpiarse, es decir, se trata de un fluido caliente que debe de exteriorizarse del cuerpo para que la mujer se limpie y no se enferme, pero, sin embargo, contamina el mundo y a los seres que se encuentran a su alrededor. Los fluidos como la sangre menstrual hacen que el cuerpo femenino y masculino se vean afectados de diferentes formas en la cultura otomí, por efecto de la pérdida de diferentes sustancias.

Por tanto, los fluidos vitales son aspectos culturales de una sociedad; esto es, la explicación que construyen los otomíes sobre ellos los convierte de un carácter biológico en uno cultural. Son construcciones culturales que se crean a partir de un dato biológico: la valencia diferencial de los sexos.

La mujer que es fría cuando menstrua se transforma en caliente y esto desequilibra el cosmos, estigma fundado en la visión dualista otomí. Visión que está fundada en un cuerpo sexuado, en la que la primera dicotomía y la más importante es lo masculino/femenino. Para la cultura otomí, la diferencia de los sexos y el distinto papel de éstos en la reproducción, es decir, la valencia diferencial de los sexos, constituye un factor fundante de su cosmovisión y su identidad; se podría decir que es el origen y la razón social de dicha cultura.

En la cultura otomí, la dicotomía masculina/femenino se encuentra en todos los seres del cosmos y es un opuesto complementario que coloca en diferentes estatus y roles al hombre y a la mujer. En este sentido, para dicha cultura es la visión dualista del mundo la que está fundada en el origen de la valencia diferencial de los sexos.

Las concepciones que existen en la cultura otomí acerca de la menstruación colocan a la mujer como fuente contaminante, como algo peligroso del cual hay que cuidarse, lo que nos remite a un orden clasificatorio del mundo otomí, mismo que se ve afectado o desequilibrado por el aumento de temperatura que genera la menstruación en el cuerpo femenino y en el cosmos. Por esta razón se ponen en práctica prohibiciones culturales que amortiguan tal inestabilidad. Todas las reglas e interdictos que se conocen sobre la menstruación entre los otomíes tienen el objetivo de templar al mundo, es decir, equilibrar o contrarrestar el exceso de temperatura que es la menstruación.

Todos los elementos del cosmos están ordenados de acuerdo con sus cualidades, pero la sangre menstrual es el gran desequilibrio cósmico, ya que atenta el orden que construye la identidad otomí, la cual se basa en relación con el género (masculino/femenino) socializado. Al igual que la sexualidad como práctica, la menstruación es el eje de esa relación (masculino-Luna/femenino-mujer) y el origen del linaje, la ancestralidad y la cultura otomí en general.

Referencias bibliográficas

- Díaz, Rodrigo, 2014, *Los lugares de lo político, los desplazamientos del símbolo. Poder y simbolismo en la obra de Víctor W. Turner*, México, Gedisa.
- Inali, 2009, *Catálogo de las lenguas indígenas de México. Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas*, México, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.
- Fagetti, Antonella, 1998, *Tentzonhuehue. El simbolismo del cuerpo y la naturaleza*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Plaza y Valdés.
- _____, María Gabriela Garrett Ríos y Jorgelina Reinoso Niche, 2017, "Interlocución y mediación: el uso ritual de la Santa Rosa entre los otomíes de la Huasteca meridional (México)", *Scripta Ethnologica*, núm. 39, pp. 49-66.
- Galinier, Jacques, 1990, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional Indigenista.
- _____, 2001, "Una mirada detrás del telón. Rituales y cosmovisión entre los otomíes orientales", en Johanna Broda y Félix Báez Jorge (coords.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Mexicana), pp. 453-484.
- Gallardo, Patricia, 2012, *Ritual, palabra y cosmos otomí: Yo soy "costumbre", yo soy antigua*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guber, Rosana, 2005, *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires, Paidós.
- Héritier, Françoise, 2002, *Masculino/femenino. El pensamiento de la diferencia*, España, Ariel.

- López Hernández, Miriam, 2012, *Mujer divina, mujer terrena. Modelos femeninos en el mundo mexica y maya*, México, Libros de la Araucaria.
- _____, 2017, *La vida sexual de los nahuas prehispánicos*, México, Biblioteca de los Pueblos Indígenas.
- Martínez González, Roberto, 2013, *Cuiripu: cuerpo y persona entre los antiguos p'urhépecha de Michoacán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Peña, Francisco de la, 2009, "Cuerpo, desorden mental y cultura", en Francisco de la Peña (coord.), *Cuerpo, enfermedad mental y cultura*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Escuela Nacional de Antropología e Historia-Programa de Mejoramiento del Profesorado, pp. 11-29.
- Reinoso, Jorgelina, 2011, "Conocer templando al mundo. Cuerpo y menstruación otomí, México", tesis de licenciatura en etnología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- _____, 2018, "Recortando en el mundo: cuerpo, curandero y recortes de papel brujo entre los otomíes", México, tesis de doctorado en antropología social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México
- _____, 2019, "La Santa Rosa es la que canta. Concepciones en torno a la planta sagrada entre los otomíes de la Sierra Nororiental de Puebla", en Antonella Fagetti (coord.), *Xünfö Dëni-Santa Rosa. Trance enteogénico y ritualidad otomí*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Conacyt, pp. 179- 222.
- Sahagún, Fray Bernardino de, 1938, *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. II, México, Pedro Robredo.
- Schultes Richard, Evans y Albert Hoffmann, 2008, *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Trejo Barrientos Leopoldo, Arturo Gómez Martínez, Mauricio González González, Claudia Guerrero Robledo, Israel Lazcarro Salgado y Sylvia Maribel Sosa Fuentes, 2014, *Sonata ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Vásquez Santibáñez María Belén y Ana María Carrasco Gutiérrez, 2017, "Significados y prácticas culturales de la menstruación en mujeres aymara del norte de Chile. Un aporte desde el género a los estudios antropológicos de la sangre menstrual", *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, vol. 49, núm. 1, pp. 99-108.